

DE BUENAS LETRAS

Juan Ramón Jiménez en La Plata

GUILLERMO E. PILÍA De la Academia de Buenas Letras de Granada

Se están cumpliendo 75 años de la visita de Juan Ramón Jiménez a la Argentina. Antes, en 1933, había estado Federico García Lorca. A Rafael Alberti, por nombrar solamente a tres andaluces, ya lo teníamos exiliado aquí y, además de hacer vida de poeta, se la ganaba trabajando y salía a hacer sus compras como cualquier argentino. Pero Juan Ramón llegó con más fama que un torero, aunque faltaban aún varios años para lo de su Premio Nobel. Y entre las ciudades que visitó estuvo La Plata, donde tenía varios amigos y amigas epistolares: Marcos Fingherit, Helena Duncan, María de Villarino, Ana Emilia Lahitte. A Ana Emilia la traté mucho, y en su casa pude tener en mis manos las cartas de Juan Ramón, escritas en su particular grafía aljamiada. Hace poco estuvo aquí Alfonso Alegre buscando esos manuscritos. Lamentablemente, se fue sin tocar pelo.

Juan Ramón admiraba –cosa muy curiosa– a un poeta de la ciudad de La Plata: Francisco López Merino. Un poeta heredero de los simbolistas belgas, que sólo había publicado dos libros y se había suicidado a los 24 años.

Todos los de esa generación habían muerto jóvenes, por eso se la llamó «la Primavera Fúnebre de La Plata». Quiso rendirle su homenaje en el monumento que estaba en el paseo de El Bosque, y que a fines de 2021 fue robado. Pidió que le compraran flores amarillas. Insistió mucho en que las flores fueran amarillas. También lo llevaron a visitar el Museo de Ciencias Naturales y la Catedral, que es el mayor templo neogótico de América. «Me considero feliz en La Plata –dijo–, que verdece y florece en cada primavera».

Era el 8 de septiembre de 1948 y ya se sentía aquí nuestra primavera meridional. Por la tarde estaba programada una conferencia en uno de los clubes de fútbol de nuestra ciudad. Juan Ramón repitió la que había dado el 23 de agosto en el Teatro Politeama de Buenos Aires, sobre el trabajo gustoso. La sala estaba abarrotada y la salida del poeta fue trabajosa. Una mujer que había estado escuchándolo le gritó: «¡Divino, divino Juan Ramón!». Y el moguereno, a manera de despedida, se volvió para corregirla: «Humano, nada más que humano».